



LA VERDAD COMO NATURALEZA Y LIBERTAD

2ª Ponencia del XIII EFCSM 2018

P. Luis Guillermo Robles Prada

El P. Luis Guillermo Robles Prada, religioso de los Siervos de Jesús, es licenciado en Filosofía por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma y ordenado sacerdote en el año 2003. Ejerció su ministerio en España entre los años 2003 y 2009, y desde entonces es el Rector de la Casa de Formación de los Siervos de Jesús en Roma.

© 2018. Fundación Maior

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

LA VERDAD COMO NATURALEZA Y LIBERTAD

I. La verdad como naturaleza

A. El sujeto

Un sujeto es un ser que está “desvelado” para sí mismo, es decir, que tiene autoconciencia. Es consciente de su propio ser, y al mismo tiempo está, en línea de principio, abierto al conocimiento de todo ser. Tiene en sí mismo la “medida” de su propio ser, y con esa “medida” puede reconocer el ser de todo otro ser (medir es un paragón con el que se describe el conocimiento de la verdad; medir es comparar: “esto es como aquello”). Es importante señalar que uno no es primero autoconsciente y luego se abre a los objetos; más bien es un proceso simultáneo, en la natural apertura a los objetos surge la conciencia de las cosas y la autoconciencia.

El sujeto es naturalmente receptivo. Está abierto a recibir al objeto en su conocimiento. Es capaz de permitir que el objeto lo obsequie con su verdad. Es a la vez pobre, porque necesita recibir, y rico, porque es capaz de recibir. La receptividad del sujeto humano tiene como característica propia el comenzar con la sensibilidad corporal. Hay una receptividad en nuestros sentidos; pero hay que recordar que esta receptividad no es puramente pasiva, es también activa. También la receptividad de nuestra inteligencia es a la vez pasiva y activa: no somos como una videograbadora, tenemos siempre una parte activa en el conocimiento de la verdad.

Para explicar este doble aspecto, pasivo y activo, del conocimiento del sujeto humano, el P. Balthasar se sirve del término ignaciano “indiferencia”. Nuestro conocimiento, en su aspecto natural, no “anticipa”, no “se adelanta” a la verdad que el objeto le dona; más bien la recibe; en este sentido es pasivo. Un ejemplo de “falta de indiferencia”, a nivel sensible, lo experimentamos a veces cuando estamos enfermos, y todo lo que comemos nos sabe mal. A nivel de la inteligencia, algunas enfermedades, psicológicas o espirituales (p. ej. la depresión, el celo amargo), pueden hacer que juzguemos mal las cosas. Pero la indiferencia del conocimiento también es activa, está lista para ponerse activamente al servicio de la verdad que el objeto le dona, a darle activamente espacio. Nuestro conocimiento no es simplemente como una arcilla que se moldea desde fuera; nuestro conocimiento tiene que moldearse a sí mismo (a nivel sensible y a nivel inteligible), adecuarse activamente para expresar en sí la verdad del objeto.

En la apertura a todo el ser, y a toda la verdad del ser, el hombre puede reconocer su contingencia (contingente quiere decir no necesario: yo podría no haber sido; mi conocimiento podría no haber sido; conozco verdaderamente, pero no conozco todo, ni conozco ninguna cosa totalmente). El hombre reconoce que lleva en sí mismo una “medida”, una “luz” (luz es otro paragón con el que se describe el conocimiento de la verdad; p. ej. cuando decimos “le falta la luz de la razón”), con las que puede conocer, “medir” e “iluminar” los objetos; al mismo tiempo reconoce que los objetos llevan en sí mismos “medida”, inteligibilidad. Hay verdad por todos lados, una verdad inagotable. Surge la pregunta por el origen del ser de los seres, del contenido de verdad (inteligibilidad) que hay en todos ellos. Al mismo tiempo surge la pregunta por el origen de la propia capacidad de conocer, medir, iluminar.

A partir de la contingencia el hombre puede reconocer la existencia de un origen y principio del ser y su verdad, al que, como diría Santo Tomás “todos llaman Dios”. Puede así mismo reconocer (con un poco más de dificultad), que Dios es sujeto, pero no un sujeto limitado y contingente, sino el Sujeto necesario, que piensa las cosas y, si quiere, las hace ser. Es decir, que

es el origen del ser y de sus propiedades trascendentales (verdad, bien, belleza).

Puede reconocer también la analogía (semejanza en la mayor desemejanza) entre el conocimiento, la “luz” y la “medida” de Dios (que creando conoce, ilumina y da medida a todas las cosas) y su propio conocimiento, como recibida (creada) capacidad de iluminar y medir. Al mismo tiempo puede reconocer la analogía entre la verdad mundana y la verdad de Dios.

El hombre es naturalmente religioso, a eso lo conduce la estructura natural de su conocimiento, y su natural relación con la verdad. Pero nuestra relación con la verdad no es sólo natural, también es libre, por eso podemos con gran facilidad ser ateos prácticos (vivir como si Dios no existiese) y con una cierta dificultad ser ateos especulativos (negar la existencia de Dios).

B. El objeto

Como ya decíamos arriba, en nuestra experiencia de conocimiento nos encontramos siempre con objetos que poseen ya inteligibilidad, están “medidos”, “iluminados”. En definitiva, tienen una verdad recibida que nos donan. Esta medida ha sido pensada y creada por Dios. Ante Dios todas las cosas están absolutamente “desveladas” y medidas, porque el conocimiento de Dios no se modela sobre las cosas, sino que modela las cosas. Por eso la verdad absoluta de cada cosa está en Dios y sólo Dios conoce toda la verdad de cada cosa. El objeto tiene su medida en la idea que Dios tiene de él.

Ahora bien, “esta idea divina le es dada en parte al objeto (ente, cosa) con el ser concreto y está inmersa en éste como su plan interior, esencia, razón de ser (sentido)” (cfr. p 58). Le es dada *en parte*: la idea trasciende la concreción del objeto, es más que el objeto; por un lado, porque ningún ser de éste mundo realiza perfectamente su idealidad (ningún manzano realiza toda la idea de manzano); por otro lado, porque la idea de la cosa incluye su relación e interacción con los demás seres del mundo (forma parte de un todo lleno de sentido). Además en las cosas creadas, cuanto mayor es su perfección, tanto mayor es el desarrollo que deben efectuar para ir realizando su idealidad (ej. una planta, un animal, el hombre).

Cuando una criatura tiene libertad, la trascendencia de la idea de Dios sobre él se hace aún más marcada: Dios tiene una idea no sólo de lo que es y debe ser el hombre en general, sino de lo que cada hombre debe ser, y querer libremente ser.

Por todo esto podemos entrever que las cosas no son puros hechos, tienen un contenido de verdad que las trasciende; su verdad las sobrepasa. Su verdad última está en Dios. Las cosas participan realmente de esa verdad (en este sentido son receptivas respecto a la verdad); y también la donan como objetos de conocimiento (y en este sentido son activas respecto de la verdad).

Si el sujeto reconoce que la verdad del objeto es al mismo tiempo inmanente y trascendente al mismo – es decir está en él como “forma” (morphé), pero al mismo tiempo sobre él como “idea” (eidos) – podrá reconocer que debe por un lado recibir la medida que está en el objeto, midiéndola y dejándose medir por ella (aspecto activo y pasivo del conocimiento); pero también intentar conocer al objeto desde la perspectiva de la idealidad que lo trasciende. Es decir, desde la perspectiva de la idea que Dios tiene del objeto.

El padre Balthasar cita aquí como autoridad (p. 62) el *De Veritate* de Santo Tomás (q. 10 a. 8 c): “en la medida en que captamos algo de la verdad inviolable, a partir de ella definimos plenamente, en la medida de nuestras posibilidades, no sólo que es [una cosa], sino lo que tiene que ser en virtud de sus principios eternos”.

Esta diferencia entre idealidad y realización concreta será muy importante para todo lo que diremos a continuación.

C. Sujeto y objeto

En lo que precede hemos hablado de los dos polos del conocimiento, sujeto y objeto, considerados por separado (en la medida en que es posible separarlos, porque uno no se comprende sin el otro). Ahora intentaremos tratar su mutua relación.

1. *El objeto en el sujeto (el objeto necesita del sujeto)*

Tendemos a pensar que a las cosas no les afecta en lo más mínimo el ser conocidas o no. Son lo que son, y el hecho de que un sujeto las conozca no las cambia en nada. Pero si nos damos cuenta que las cosas tienen un contenido de verdad, y están continuamente ofreciéndolo, entonces podemos reconocer que necesitan de los sujetos. Necesitan de alguien que reciba esa verdad que ofrecen, en cierto modo podríamos decir que anhelan ser conocidas.

Así como los elementos materiales inanimados son elevados a una forma superior de ser cuando son absorbidos por una planta o por un animal (en cuanto comienzan a ser parte de algo vivo), de manera semejante podemos decir que un objeto es elevado al ser conocido por un sujeto. Se le abre espacio en una realidad más alta, primero sensible y luego intelectual: la realidad del conocimiento. Una vez que el objeto es conocido, tiene su verdad no sólo en sí mismo, sino también en el sujeto. Algo del objeto, su verdad, necesita del sujeto para desplegarse.

Una muestra de este perfeccionamiento del objeto al ser conocido por el sujeto nos lo dan las artes. P. ej., en una poesía las cosas del mundo son elevadas, trasfiguradas. Pero también en la obra de un arquitecto, en una pintura, en una sinfonía.

2. *El sujeto en el objeto (el sujeto necesita del objeto)*

“El sujeto necesita del objeto para desplegarse y alcanzar su propia verdad. Sin un objeto que aparezca en el ámbito de su receptividad, el sujeto sigue siendo incapaz de transformar sus posibilidades de conocimiento en conocimiento real [...] Sólo cuando lo extraño entra en el recinto del sujeto, éste despierta [...] simultáneamente al mundo y a sí mismo” (p. 68). Sin un contacto con los objetos, ni siquiera podríamos ser conscientes de nosotros mismos.

Nuestro conocimiento no comienza como si fuésemos un espectador maduro que va a juzgar una película. Pensemos en cómo empieza a conocer un niño. Los objetos lo invaden, lo enajenan, casi lo atropellan, al principio ni siquiera puede enfocarlos, necesita aprender a usar sus sentidos. El conocimiento comienza como un duro *servicio* que consiste en hacer espacio dentro de sí a los objetos, comprenderlos, ordenarlos.

Este *servicio* da frutos: el niño se va haciendo cada vez más capaz de ver las cosas tal como son, también se va haciendo más consciente de sí mismo y de sus posibilidades, además va configurando en su interior una imagen del mundo cada vez más personal. Es un movimiento natural de entrega desinteresada a los objetos y su verdad, que permite una maduración, un progresivo dominio de sí, y el desarrollo de la libertad.

3. *El doble aspecto (figura, forma) de la verdad*

“Por el indisoluble vínculo de lo receptivo y de lo espontáneo en el conocimiento, la relación entre sujeto y objeto, y con ello también la verdad, reviste una particular duplicidad” (p.74). Es importante señalar que vamos a hablar de dos aspectos que no pueden subsistir uno sin el otro.

- *Primer aspecto (justicia):*

“En cuanto la espontaneidad del conocimiento está totalmente al servicio de la receptividad [...] el conocimiento de la verdad y la verdad del conocimiento equivalen a la más estricta objetividad” (p.74).

El sujeto, ya en su actitud natural (después hablaremos de la libertad) es objetivo, realista; está al servicio del objeto en una actitud receptiva. Esta actitud merece el nombre de *justicia*. Hace justicia a la verdad de las cosas. “Si esta actitud falta en un conocimiento, éste cesa de ser verdadero conocimiento” (p.75).

- *Segundo aspecto (amor):*

El sujeto, naturalmente, pone a disposición del objeto su ámbito interior, su esfera íntima, lo más personal. Va al encuentro del objeto, y abriéndose a él, se deja conmover internamente. Además tiene que ponerse activamente en juego para captar la verdad del objeto y afirmar su existencia. Haciendo esto es capaz de conocer no solo la verdad presente en el objeto como “forma” (morphé), sino también la verdad que está sobre él como “idea” (eidos). No sólo lo que el objeto es, sino lo que debe ser. La palabra interior (concepto), que el sujeto produce y con la que expresa la verdad del objeto está abierta a ese más presente en la idea.

En todo esto hay un aspecto de creatividad – un poner a disposición lo propio para que surja algo – que supera la actitud de justicia, siendo más bien una actitud de *amor*. Amor es el nombre de este segundo aspecto de la relación entre sujeto y objeto.

Este amor es un hecho natural (que puede llegar a ser después un amor elegido, libre). El sujeto está puesto naturalmente (ontológicamente) en la condición de la entrega, del servicio, del desinterés por lo propio y del interés por el objeto, de la donación del propio espacio para que surja lo ajeno (la verdad del objeto).

Sin este amor natural no habría conocimiento de la verdad. Hay que dar algo de lo propio para que aparezca la verdad. Esto se entenderá más claramente cuando, en lo que sigue, veamos el papel del amor que elige libremente.

II. La verdad como libertad

En todo lo anterior hemos tratado la base natural (no libre) de la relación entre el sujeto y el objeto en la que aparece la verdad. En esta relación queda patente en el sujeto una actitud natural de entrega, manifestada en la receptividad y la donación, en el servicio y la creatividad, en la justicia y el amor. Esta actitud natural de entrega puede y debe ser afirmada libremente, y también realizada libremente. Donde hay libertad hay responsabilidad, por lo mismo la verdad como libertad tiene una relevancia ética.

A. La libertad del objeto

Aquí nos limitaremos a hablar de la libertad del hombre cuando es objeto del conocimiento. Es decir, cuando libremente dona su verdad. El hombre tiene un ámbito interior, una intimidad; con su libertad puede disponer de *qué* quiere manifestar de su intimidad y *cómo* quiere manifestarlo (hay muchas maneras de decir o expresar las cosas). Posee una verdad que puede administrar, y por lo mismo es responsable de su administración.

Cuando un hombre se decide a expresar exteriormente una verdad que posee en su intimidad

da un *testimonio* de su verdad. Quien recibe ese testimonio normalmente lo acepta confiadamente, *crea* eso que se le dice y que no puede, al menos inmediatamente, corroborar por otros medios (cfr. Fides et Ratio 31-32).

Es importante respetar esta intimidad y libertad, aceptando confiadamente el testimonio de otro. Lo normal es confiar. No es normal, p. ej. espiar a la otra persona, o buscar ponerle trampas para que diga lo que no quiere decir. También es importante ser responsable del propio testimonio de la verdad. Si uno es un mentiroso, perderá la confianza de los demás.

Hay que recordar que el hombre no es puro espíritu. Tiene un cuerpo, una expresión corporal que a veces “habla” de forma natural, no libre. Yo puedo decir que me encuentro bien, pero si mi cara se ve verde o amarilla, se manifiesta otra cosa.

B. La libertad del sujeto

El sujeto, que está naturalmente abierto a los objetos, puede libremente escoger a qué dedicar su atención. Puede dirigirse hacia ciertos objetos y alejarse de otros. Puede, dentro de una mirada de conjunto, poner atención en unas cosas, dejando otras en el trasfondo. Un signo de madurez y de libertad es la capacidad de no dejarse llevar por todos los objetos que se presentan. Se puede hablar incluso de un “olvido productivo”: p. ej., si tengo que estudiar, me concentro en lo que estudio, y no me dejo distraer por los ruidos de la calle, incluso puedo “olvidarlos”. Recordemos que donde hay libertad hay responsabilidad; yo podría escoger, p. ej. no ver a las personas necesitadas (como el personaje del rico en El Gran Teatro del Mundo de Calderón).

¿Cuál es el criterio para el recto uso de la libertad del sujeto en el conocimiento de la verdad? Para descubrirlo es necesario preguntarse por el sentido de la relación entre el sujeto y el objeto en el acontecimiento de la verdad. Hemos visto, al hablar de la verdad como naturaleza, que tanto el objeto como el sujeto tienen una actitud natural de entrega y apertura. Las cosas que existen tienen su ser propio y buscan comunicarlo como verdad, bondad y belleza. La comunicación, la entrega, la apertura, el don de sí son el sentido del ser:

“El abrirse del objeto existente y la voluntad (natural y/o libre) de abrirse receptivamente del sujeto cognoscente son sólo la doble forma de una entrega que se manifiesta de estos dos modos. Con esto se ha llegado a comprender que el amor es inseparable de la verdad. Así como un conocimiento no podría darse sin la voluntad, tampoco puede concebirse una verdad sin el amor”. (p. 112. Se puede profundizar con los números 26 a 28 de Lumen Fidei).

El amor consiste en darse, en entregarse; el amor es el criterio para el recto uso de la libertad ante la verdad. El egoísmo –en cuanto cerrarse, guardarse celosamente para sí– contradice el movimiento natural de la verdad. Alguien que no ama puede conocer datos exactos, incluso con gran precisión, pero será incapaz de abarcar una perspectiva amplia de la verdad. Por eso se dice que el diablo es astuto y tonto a la vez. Sólo el amante es capaz de tener la verdadera visión del amado, porque sólo él es capaz de abrirse desinteresadamente al otro para que le muestre su verdad.

El sujeto libre es capaz de dedicar su atención al objeto conocido. Esta atención tiene una doble forma que corresponde al doble aspecto de la verdad del que hablamos antes (justicia-amor):

- *Primera forma (justicia por amor):*

El sujeto se decide a estar a disposición del objeto, deja de lado su subjetividad y sus prejuicios,

con esfuerzo renuncia a lo propio para aprehender lo extraño. Hace silencio para escuchar a la cosa (o a la persona). Esta decisión de hacer justicia es ya un hecho del amor, y no puede ser dejada atrás en ningún momento; ella muestra la justicia y la salud del amor.

- *Segunda forma (amor que es justo):*

En esta segunda forma se manifiesta con mayor claridad el amor. Sin ella la primera forma se trasformaría en una fría objetividad. Para que la verdad aparezca plenamente se necesita una acogida amante del objeto por parte del sujeto (ejemplos: amar lo que se estudia; amar a la persona que me comunica algo: pues si no hay amor, no se abrirá).

Esta mirada de amor permite que aparezca la verdad plena del objeto, y esto de manera eminente cuando el objeto del conocimiento es una persona. Se puede pensar aquí en un médico, un psicólogo, un consejero espiritual o incluso un artista. Una persona se abre ante ellos en la esperanza de que en la relación aparezca una verdad que no es clara para quien se abre.

“Esta especial mirada, que sólo es posible en la amorosa entrega del sujeto, es una mirada tanto objetiva como idealizadora. Que estas dos propiedades sean compatibles es la gran esperanza de lo conocido” (p. 114-115).

Esta mirada ve lo que es (lo objetivo), pero también lo que podría y debería ser (el ideal). Basada en la objetividad, ve, creyendo en el objeto y amándolo, lo que el objeto puede llegar a ser, y le presenta este ideal. Ve lo que es y lo que realmente puede ser. Y ayuda al objeto a realizarlo; por eso es un conocimiento creador. Por eso San Pablo en la Carta a los Efesios dice “Haciendo la verdad en el amor” (Ef 4,15 vulg.).

Quizá se entienda algo con algunos ejemplos: los inventores ven en las cosas miles de posibilidades, que están en ellas, pero tienen que salir a la luz. Cuando se cultivan las plantas, se las conduce de su simple objetividad a una realidad más alta. Lo mismo cuando se crían los animales. Cuando el objeto es un ser humano, podemos pensar en la educación (en la familia, en la escuela): el amor ve no sólo lo que hay, sino lo que puede y debe haber, y ayuda al amado a realizarlo. Lo mismo sucede en cualquier tipo de formación. Una pura objetividad se limitaría a constatar que los niños son unos bárbaros inciviles, cuyo destino es el crimen y la cárcel.

Pero si lo consideramos bien, ni siquiera la cárcel puede funcionar sin esta mirada de amor: su objetivo es que la persona cambie, que se reforme. Toda corrección, aún severa, si es verdadera (quien ama corrige) se basa en esta idealidad (ejemplo del Papa que leyó la cartilla, en vivo y en directo, a todos los miembros de una conferencia episcopal; lo hizo con la esperanza de que cambiaran, es decir, viendo no sólo lo que hay, sino lo que puede y debe haber).

Para que lo ideal llegue a ser, a veces es necesario pasar por alto lo que aún no es como debe ser, y hasta lo que no debe ser. Es decir, no ponerle atención, a veces incluso “hacer como si no existiera”. El conocimiento de la verdad, siguiendo su norma que es el amor, es capaz no sólo de desvelar, sino también de velar, de cubrir.

Si pensamos en los ejemplos anteriores, vemos que esto vale hasta para las cosas, las plantas y los animales. Experimentar es dejar de lado lo ya sabido para experimentar otra cosa. Para domesticar un animal hay que tratarlo como si no fuese salvaje. Con las personas esto es mucho más importante. Los niños no nacen responsables, para hacerlos responsables hay que darles responsabilidades, haciendo como si ya fuesen responsables. Ahora bien, esto no es falso, porque el niño tiene la capacidad de ser responsable.

Podemos poner otros ejemplos históricos concretos: cuando Benedicto XVI levantó la

excomunión a los lefevrianos, usó este conocimiento velador; hizo como si no estuviesen en una situación que conlleva la excomunión, en la esperanza de que volviesen efectivamente a la comunión (la cosa no resultó, lo que no quiere decir automáticamente que Benedicto XVI se equivocó; hay que tener en cuenta la libertad de los “objetos”).

Hay un cura jesuita español, de 80 años, que lleva más de 40 como capellán en cárceles. Actualmente trabaja en una cárcel femenina donde hay terroristas islámicas y de ETA. ¿Cómo acercarse a alguien que ha matado a 28 personas, y que piensa que está bien lo que hizo? Hasta para decidirse a hablar con ella hay que hacer “como si” no fuese lo que es, en la esperanza de que el tratarla con respeto y amor le haga abrir los ojos a lo que es y lo que puede ser. “Ningún defectuoso se curará por el hecho de poner la mirada en sus faltas. Sólo en la visión del ideal será capaz de arrepentirse de lo real” (p. 117).

A partir de este conocimiento velador podemos entender lo que San Pablo dice en el himno de la caridad: “El amor no lleva cuentas del mal... se regocija en la verdad, todo lo excusa” (1Cor 13,5-7).

Esta libertad del sujeto frente a la verdad, que es creativa, pone al hombre ante una grave responsabilidad. Existe el peligro de proponer a los objetos (y en particular a las personas) ideales falsos, puramente subjetivos. Pensemos en las ideologías. ¿Cómo hacer para presentar un ideal verdadero?

Hay que recordar que sólo Dios conoce completamente la verdad de las cosas y posee su idea en sentido absoluto, porque él las ha creado. “Las cosas deben ser como Dios las ve *porque Él las ve así*” (p. 119). El conocimiento humano puede participar analógicamente del poder creador de Dios, pero al hacerlo tiene que guiarse por la idea que Dios tiene de las cosas. Es decir, tiene que intentar amar y considerar a las cosas y a las personas según Dios. Un cristiano debe guiarse en esto por lo que Dios ha manifestado de sí mismo en la Revelación. Un pagano tiene a su disposición la voz conciencia, la ley natural y las semillas del Verbo que el Espíritu Santo ha sembrado en su tradición cultural y religiosa.

“Sólo cuando podemos referir al hombre a Dios, cuando le podemos hacer fidedigna la imagen conocida en el amor como si fuera la imagen que Dios reservaba para él, solo entonces podremos emprender la configuración de la verdad del mundo” (p. 119).

C. La administración de la verdad

El sujeto y el objeto están puestos naturalmente en movimiento hacia la verdad. Cuando el sujeto y el objeto tienen libertad, pueden participar responsablemente en la formación de la verdad. “Dios no quiere administrar sólo la verdad; establece que los hombres cooperen en su administración” (p. 121).

Esta administración de la verdad, tanto al otorgarla como al recibirla, requiere la virtud de la prudencia, y tiene como norma –como decíamos más arriba– el amor. No basta la prudencia, uno podría ser muy prudente administrando la verdad con una intención egoísta. Haciendo así contradeciría el movimiento de la verdad, pues no se abriría ni se entregaría, aunque simulara que lo hace, y en definitiva no estaría en la verdad. Podemos aquí poner como ejemplo algunas conversaciones muy educadas, en las que se utilizan “verdades” con el objeto de dañar o agredir a otro. Una verdad, utilizada fuera del amor, es destructiva y contribuye al incremento de la mentira. Por eso dice San Pablo a los Romanos: “la cólera de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que aprisionan la verdad en la injusticia” (Rm 1, 18).

Por el contrario, el verdadero amor no es capaz de falsedad; es posible que se equivoque en detalles, pero no en la visión global de la verdad. “Toda verdad que se comunica y se acoge en el amor es administrada correctamente” (p.124). El verdadero amor siempre presupone el cumplimiento de la justicia, aunque también la supera. A veces tiene que ser duro, pero sabe cuándo y cómo serlo con fruto. Al corregir sabe mostrar una verdad, pero sabe también olvidarla, velarla, al perdonar. En cambio, todo desvelamiento de la verdad que no está al servicio del amor es un exhibicionismo (pensemos en algunas “confesiones” públicas). En el amor se respeta la intimidad del otro, y no se da acogida a lo que no la respeta (p. ej. los programas de televisión de cotilleo –pero también ciertos blogs de “noticias” eclesiales–).

“Si el auténtico amor posee la medida de la revelación de la verdad, también posee necesariamente la medida de su no revelación” (p. 126). Hay cosas que no hay que revelar, pensemos en todos los secretos que es lícito u obligatorio conservar. A veces la verdad tiene que ser dosificada (p. ej. en la educación de los niños); la persona “allí donde sea preciso, en virtud del amor y su totalidad, entregará la verdad sólo en forma fraccionada y embozada” (p.127).

Es importante insistir en la actitud total de verdad y de amor que debe estar detrás de la administración de la verdad. Así se evita el escándalo. “Se admite el escándalo siempre que, sobre la base de un punto de vista parcial, nos cerramos ante la verdad absoluta y universal” (p. 127). Es el amor lo que evita el escándalo, pues en él uno está dispuesto a admitir que hay más verdad de lo que puede percibir o juzgar; que hay más que mi limitado punto de vista (pensemos en el “presupuesto” de los Ejercicios de San Ignacio, n.22). Un ejemplo de escándalo puede ser la campaña de presión “Fieles a la Verdadera Doctrina, no a los pastores que yerran”, que entre otras cosas, se escandaliza porque considera que el proyecto de educación afectivo-sexual del Pontificio Consejo para la Familia es pornográfico.

Aquí conviene recordar una sabia advertencia de Pascal: “Se puede hacer un ídolo incluso de la verdad, porque la verdad, desligada de la caridad, no es Dios..., es sólo un ídolo al que no es necesario amar ni adorar” (Pensamientos, Sellier 806, Lafuma 986, Brunswick 582).

“La verdad parcial, que usurpa una parte de la verdad y que se establece así aparte de la totalidad, caracteriza la esencia de las herejías y las sectas” (p. 128). Así el protestantismo clásico se funda sobre los pilares de la sola fe (sin obras), sola escritura (sin tradición), sola gracia (sin libertad), y pretende dar sólo a Dios la gloria despreciando la creación. Lo católico tiene como característica abrirse en el amor a toda la verdad.

“El amor, finalmente, está tan convencido de la totalidad de la verdad; en el acto de entrega de sí mismo está tan seguro, que se halla preparado hasta para renunciar a su propio punto de vista parcial en aras de esta totalidad... Lo auténtico de la verdad se muestra en que la verdad parcial está dispuesta a renunciar a sí misma cuando la verdad total está en juego... la renuncia del amor a la verdad parcial, en virtud del amor, es la forma suprema de la revelación de la verdad” (p. 129).

Podemos ejemplificar esto con la situación actual de la Iglesia clandestina en China. Después de 70 años de clandestinidad, de 40 años de intentos de solucionar el problema, es posible que ahora se llegue a una solución. Ahora bien, esta solución implica renunciar a la clandestinidad y aceptar la comunión con quien forma parte de la Iglesia oficial. No es extraño que cueste trabajo, y que obispos de 86 años no quieran presentar la renuncia, para evitar que el obispo oficial (que ha pedido el reconocimiento pontificio) pase a ser el obispo de todos los católicos de su diócesis. Se requiere una renuncia por amor.

Si no les gustan los ejemplos eclesiásticos, podríamos hablar de un nacionalista catalán, con 40 años de educación y propaganda separatista sobre sus espaldas, que quisiera recibir un garrotazo de la Guardia Civil, para cumplir su vocación de víctima catalana. ¡Qué gran renuncia al propio punto de vista personal le sería necesaria para volver a la totalidad de la verdad! Ahora bien, en el amor sería posible.